

a ellas. Además no podrá recibir recursos por San Juan del Norte, pues el Gobierno de Costa Rica ha tomado medidas para que ningún vapor pueda pasar el río. San Juan del Sur, en mi opinión, en muy breves días estará en manos de los costarricenses.

No hay más por hoy.

Quedo de U. muy sincero amigo,

PHILLIPP E. TOOHEY

Un capítulo de una novela

De Jorge Orozco Castro

El joven escritor costarricense, don Jorge Orozco Castro, presentó al Concurso Inter Americano de Novelas, una, admirablemente escrita, con el título **"El Primero de Noviembre o la Caída del Doctor Castro"**, que por razones que no alcanzamos a comprender, no fué tomada en cuenta por el Jurado de Novelas en San José de Costa Rica. El autor tuvo, a nuestro humilde juicio, la equivocación de llamarla "Novela histórica" cuando en realidad es simplemente una novela de costumbres de la década de 1860 a 1870. Pero la trama de esta novela es rigurosamente histórica: los hechos, los personajes, los sucesos y situaciones que se describen en ella, son reales, fundándose en documentos y relaciones de absoluta veracidad. Por eso, para quienes quieran conocer el desarrollo de los sucesos político-sociales de esa década de gran significación en la vida nacional, la novela de Orozco Castro tiene un extraordinario interés. Nosotros la hemos leído con verdadero deleite, y con el permiso del autor, ofrecemos a nuestros lectores un capítulo de ella, a manera de primicia de la obra inédita; los lectores juzgarán.—**La Dirección.**

.....

.....

XXI

El 21 de agosto se separó don Julián Volio del Ministerio, y el 24 salió para Europa. Objeto fué el ilustre ciudadano de grandes manifestaciones de simpatía tanto en la capital como en las ciudades y pueblos que cruzó camino al puerto. Una inmensa cabalgata presidida por el Secretario de Estado don Aniceto Esquivel y el General Blanco, le acompañó hasta Alajuela, donde se le brindaron un banquete y una recepción en casa del Coronel don Tomás Guardia. Llevaba el Licenciado Volio, entre otras comisiones del Gobierno, la importantísima de con-

seguir un empréstito, que estaba ya a medio contratar en Europa, para la construcción del ferrocarril interoceánico, que el Presidente Castro se había propuesto llevar a cabo.

La candidatura de don Julián seguía adelante. La ausencia del candidato no impedía continuar la campaña en su favor. Se nombró un Comité para dirigir los trabajos e intensificar la lucha en todos los pueblos.

La Convención no había tenido eco fuera de la capital, y ni siquiera había podido conseguir candidato. A cuantos se les había insinuado el ofrecimiento habían declinado el honor. Todo esto avivó el encono de los convencionistas contra el Gobierno, y los periódicos de la oposición arremetieron más fuerte contra el Presidente de la República y el candidato Volio.

El Doctor Castro había dicho a sus amigos que "*la prensa contra la prensa misma*" y que si le querían defender acudieran a ella para hacerlo. Y en las columnas de la *Gaceta Oficial*, y de *El Porvenir*, periódico imparcial, procedieron admirables plumas a la defensa del Gobierno y de don Julián. Intensificáronse entonces los fuegos en uno y otro bando, y comenzó el país a darle importancia al momento político y a cotejar razones. Algunos elementos de poca monta principiaron a desertar de las filas de la Convención, y entre ellos, sí de relativo valor, por los nexos que tenía con personas de valimiento a quienes escuchaba y seguía, don Pantaleón Hernández, quien como de costumbre había hecho los paces con don Tibureio, y caído otra vez, como de costumbre también, bajo la tutela de Salmero.

Estaba yo en mi oficina cuando entraron los *inseparables viejos*; al mismo tiempo quitáronse el sombrero, tendiéronme la mano, y tomaron asiento.

Después de pedirme don Tiburcio que viera de conseguirle con mi tío Nicolás un poco de dinero que le urgía para hacer unos pagos, y de ofrecerle mi mediación siempre que prometiera buena garantía, que no de otra manera extraía de su escarcela para extraños mi pariente, conversamos de política.

—Lo que yo decía—me dijo Salmero, golpeando con el puño de la diestra sobre el escritorio—que esa Convención no podía prosperar. A mí nunca me atrajo. Bruno, y el mantudo de Pasos Molina a quien si no me lo quitan ustedes aquella noche le deshago por bocón y marrullero, no me entendieron... no me entendieron. Ni Pantaleón tampoco—continuó, mirando de reojo al aludido, y midiendo bien las palabras para evitar una explosión del otro, que no le quitaba los ojos de encima—. Si me hubiera dejado concluir, hubiera visto que no estaba en mi ánimo hacer creer que yo le manejaba como a un niño. Lo que yo quería decir era, que nunca había proferido nada en contra de la Convención, y que la prueba era que con Pantaleón, con quien siempre cambio impresiones respecto a todo, me había abstenido de hacer comentarios duros, tal como yo pienso de ese partido, que hubieran tal vez, y como era lógico, dada nuestra íntima amistad, influido un poquito en sus determinaciones. Y nada dije ciertamente a Pantaleón contra el movimiento de Montúfar por consideraciones a Carazo, que parecía, no ahora que le noto una reacción contraria, uno de los más entusiastas de ese partido. Pero bien que me tiraba el hacerlo, a decirles cuatro andanadas a esos locos, las simpatías que por la causa de Volio he mantenido en secreto desde el co-

mienzo de la lucha... Porque con don Julián es claro que estoy; y no podía ser de otra manera.

Al concluir don Tiburcio su discurso, don Pantaleón, que le había estado escuchando con la atención que el maestro escucha la lección del alumno, listo a corregir cualquier desvío, asintió con la cabeza, tragó grueso, y se expresó así:

—Pues yo, Salvador, por mi parte, debo repetirle ahora lo que al otro día de la reunión de la Convención le dije: que más por curiosidad que por comunión de ideas asistí a ella. Creo que me declaré, y algo terminante, si mal no recuerdo, partidario del convencionismo, aquella noche de mi disgusto con Tiburcio. Y vi que les sorprendieron a Bruno y a Montúfar mis palabras, cuando ni siquiera el acta quise firmarles en la reunión y que más bien me mostré más del lado de Volio que de ese partido acéfalo. Y así tenía que ser; porque medio compadres somos don Julián y yo, y si vamos a escarbar, no muy hondo encontraríamos un entronque de nuestras estirpes. Por afligir a Tiburcio, que siempre ha estado en contra de la Convención, y que aquella noche me puso con sus cosas de mal talante, dije lo que dije: algo así como que era un recalcitrante convencionista... Pero como usted debe comprender, nunca estaría yo dentro de un partido que combate de una manera tan descabellada y dura a un medio compadre y deudo mío.

—Y hasta mis resquemorcillos con el Doctor Castro he apagado por don Julián—agregó el otro a lo que antes había dicho, no bien concluyó don Pantaleón, jugando con el tintero, y con aire de protección—. Y estoy decidido a entrar de lleno en la lucha con los bríos que en política me gasto, y que usted conoce. Desde luego, mi campo es la prensa, todo el mundo lo sabe y en ese terreno se me teme... Y cuántas cosas, calcule usted, cuántas cosas no podría decir yo que he visto y oído tanto del otro lado.

—Pero para eso habría que fundar un periódico—. Opinó don Pantaleón, mirando de soslayo a Salmero.

—Habría que fundarlo—aceptó el otro, ahuecando la voz y echándose atrás en la silla—. Habría que fundarlo, y exclusivamente del partido... Y de tal modo, que uno nunca anda con atrasos; que si se necesita un avance o una hoja suelta, pues que se haga inmediatamente, y sobre todo, que los trabajos se hagan por personas todas adictas a la causa.

—Es decir—aclaré yo, conociendo el intersticio que buscaba Salmero para pasarse a su negocio—que habrá que comprar una imprenta.

—Eso no, porque yo pongo la mía gratuitamente—repuso don Tiburcio, enderezando la silla y acodándose sobre la mesa—. A mí me gusta hacer las cosas completas; cuando me entrego a un partido, doy hasta lo que no tengo por el triunfo de la causa.

—Ah, ¿tiene usted imprenta?—pregunté, haciéndome de nuevas que existía una vieja y deteriorada que Salmero había tomado en pago de una miseria a un infeliz tipógrafo—. ¿Y la pone a la orden del partido?

—A la orden del partido—repitió el dueño—. Con poco puede ponerse en condición de servir... Claro que de eso, pues, tendría que hacerse cargo el mismo partido... O yo, yo también... si me consigue usted ese dinero con don Nicolás,

agregándole al otro que es para pagar unos piquillos... Y ahí tiene cómo se redondea la transacción, con garantía de la misma imprenta para ambas partidas.

—Claro, vamos a proponérselo a don Nicolás—. Dije, riendo en mis adentros de ver tamaña frescura, y por donde se descolgaban aquellos sujetos al partido de Volio.

—Pero no sólo hay que proponérselo, sino hacerle la fuercita también... Convencerlo, pues, de que es una buena operación. Hay que hacerlo por el partido... empeñarse en realizar el negocio, por don Julián. Con eso ya sólo el papel tendría que poner el tesorero... que por lo que a nosotros toca, y digo a nosotros, porque Pantaleón me ayudará, un sueldito que no merme mucho la caja del partido, nos haría pasar el rato sin menoscabo de nuestros intereses particulares, que tendríamos que dejar de lado para entregarnos de lleno, pero de lleno, a la causa.

—Completamente de lleno.—Retipió don Pantaleón.

Despidiéronse y vi salir del brazo a aquel par de fieras, ilusionadas con la promesa que les hice de hablarle a don Nicolás del dinero, y al Directorio del partido volista del negocio de la imprenta y de la fundación del periódico, en que por un *pequeño sueldo* ofrecían hacer don Tiburcio y don Pantaleón, que habían *entrado ya de lleno* en nuestras tiendas, la defensa de don Julián Volio.

Dos caballos de batalla, los bridones mejor medrados que montaban los opositoristas para combatir al Gobierno, habían muerto en la jornada política: el 25 de junio se abolió el impuesto al café, contra el que clamaba la Convención, que se había arrogado el exclusivo derecho de vigilar por los intereses del país, conforme lo había pedido en su mensaje el Presidente de la República, atendiendo a la baja que había sufrido el precio en los mercados de Europa; y por decreto de 13 de julio, el Senado se abstenía de conocer de la *súplica* que el Juez resolvió hacerle al Ejecutivo, para que procediera al pago "*siempre que lo tenga a bien*" del dinero que reclamaba la casa de Tinoco, "*mientras los Tribunales de Justicia no hayan terminado las cuestiones que en este asunto les competen*".

Descartados estos negocios, de la campaña electoral, y probada la consecuencia del Gobierno en el primero, y la honradez con que se tramitaba la cuestión de Tinoco en el segundo, no le quedaba a la Convención sino el estribillo de la candidatura oficial para combatir al Doctor Castro, y cuanto se puede inventar de un candidato, para luchar contra Volio.

Para las siete de la noche del 7 de setiembre se había invitado, de una manera muy general, para una reunión de la Convención en los salones de Chaves. Convocados fueron con bastante anticipación todos los elementos que a ella pertenecían.

El público, en la calle, compuesto de volistas y neutrales, era inmenso, y hasta los niños escaparon de la disciplina casera para escuchar al orador.

Realmente se necesitaba ser muy buen orador, y sobre todo admirable político, para disimular las antinomias que debían producirse en los principios de un partido tan heterogéneo como el de la Convención. Era liberal, así lo pregonaban sus directores; pero las ideas liberales de Montúfar debían ir aparejadas a las conservadoras de don Manuel J. Carazo, así como su anticlericalismo debía

dar campo en el programa del partido al genio ultramontano de don Vicente Herrera, director del partido clerical, que se había afiliado a la Convención. De ahí que, considerándose al doctor Montúfar como el más capaz de los dirigentes de la causa para mezclar tan antagónicas tendencias en un sólo principio y fin, adaptables a los principios y fines individuales, se le otorgase a él, de una manera tácita, el exclusivo derecho de la tribuna y de la prensa para dirigir la campaña. Pero difícil era la tarea; y a pesar del tacto que deseaba tener, y de la prudencia con que quería manejar el negocio, se definían en sus escritos y peroratas sus propias ideas y sentimientos.

—Tengo una noticia que darle—me dijo al oído Pasos Molina entre el vaivén que la multitud formaba frente al salón.— Dato seguro; no vaya usted a creer: Se retiran esta noche de la Convención, por carta enviada a don León Fernández, Secretario de la Directiva, don Manuel J. Carazo, don Salvador Jiménez y otros elementos de grande importancia.

—¿Cómo supo usted eso?—pregunté extrañado.

—Ah, nosotros los periodistas sabemos todo lo que pasa. La carta la tiene ya en su poder don León.

—Yo lo sabía desde hace tiempos—repuso don Tiburcio, quien, a pesar del sigilo con que se me quiso dar la noticia, la había escuchado. Esto se tiene que desgranar; ya verán ustedes.

Y agarrándose de mi brazo para que la marea humana no le aventase lejos de nosotros, añadió:

—Pero hay que trabajarla contra los pocos que quedan, pues cuando se convengan de que por las buenas no llegarán, acudirán a las malas... Ya andan hablando de pronunciamientos y enamorando al General Salazar. La defensa que de él hicieron en *El Travieso* cuando lo atacó Zamora en el Senado, no tiene otro objeto que ver de encaminarle hacia una barbaridad.

—Yo creo lo mismo—afirmó el periodista—. Y el peor paso que ha dado el Presidente, fué permitir que don Julián dejara el Ministerio. El Gobierno está ahora sobre un volcán. ¿Gusta de fumar, don Tiburcio?

—Gracias, no fumo—contestó Salmero, quien a pesar de haberse arreglado satisfactoriamente el disgusto entre él y Pasos Molina, por mediación de algunos amigos, sentía los resabios del incidente. Y sacando de su petaca un *chircagre*, me pidió fuego.

Sonrió Pasos Molina del desaire que el viejo le hizo, y continuó:

—Al entregarle el Presidente las carteras que Volio llevaba, al Ministro Esquivel, debió haber nombrado para las de éste al Coronel don Federico Fernández, quien además de ser su cuñado, es hombre perpicaz y decididor; en manos de él hubieran estado bien seguros los cuarteles, lo que con don Pedro García no. Don Pedro es leal, valiente, amigo incondicional del Presidente, pero es un hombre de paz, confiado; no tiene la malicia del otro ni la rapidez para obrar enérgicamente en caso dado. Salvador, yo creo que todo esto ha sido hechura más de los enemigos que de los amigos del Gobierno.

Los acontecimientos políticos habían llegado ya a un extremo tal de gravedad, que nadie andaba con tapujos sobre lo que pensaba. Se hablaba casi en

público de conferencias habidas entre los Generales Comandantes de los cuarteles y ciertas personas de alto fuste de la oposición. Se indicaban lugares de reuniones secretas, y hasta se fijaban fechas para el golpe. Yo comprendía que no estaba muy desencaminado Pasos Molina de la verdad. Se les había hecho creer al Doctor Castro y a don Julián, que la persona de éste último en el ministerio era el obstáculo que había para que se tranquilizaran los ánimos; que una vez que Volio saliera del Gobierno, la prensa se moderaría y concluirían los amagos de revolución. Y fué todo lo contrario; lo que se perseguía con tanto ofrecimiento era debilitar la fuerza del Gobierno, quitarle el mejor puntal para traérselo abajo. Pero el Doctor Castro *dormía tranquilo* confiado a las espadas de sus dos Generales.

A todo esto el salón de Chaves permanecía casi desierto, a pesar de que ya habían ocupado lugar en la mesa los miembros de la Directiva. Dieron las ocho, y fuera de una media docena de personas que ocupaban las *bancas del vulgo*, como decía Pasos Molina, no llegaba nadie. Por fin se decidió *aplazar la reunión* para fecha que luego se fijaría y se haría saber, conforme dijo allí don Bruno Carranza; y entre el silencio de los de la calle, que guardaron con el respeto de los que presencian unas exequias, salieron los pocos asistentes a la reunión, hechos un puño como protegiéndose unos a otros de la curiosidad de los mirones, sin oírse el discurso del doctor Montúfar, que apareció al día siguiente publicado de cabo a rabo en un avance que tiró *El Quincenal*, junto con la carta en que notificaban su separación de la Convención, don Manuel J. Carazo, don Salvador Jiménez, don Rafael Gallegos, don J. G. Montealegre, don Concepción Pinto y don Manuel y don Mariano Carazo Peralta.

Averiada en su mejor extremo la Convención, decidieron sus dirigentes hacer el último esfuerzo para salvar el partido, o que muriera al menos con mérito de cabecera: *El Quincenal*, en su edición del 19 del mismo mes, propuso la candidatura de don Francisco Montealegre.

El silencio que el señor Montealegre guardó ante la postulación de su nombre, tomáronlo los convencionistas como aquiescencia de su parte, y ya con bandera y abanderado de vitola y condición admirables, que lo era sin disputa el elegido, extendióse el partido su credencial de beligerante. Aportaron los amigos de Montealegre cuantos recursos cavilaron necesarios para obtener el triunfo, y aún aquellos que habían estado al margen de los acontecimientos fueron al aprisco.

—¡En qué congojas estoy ahora, Dios mío!—exclamó don Tiburcio, apenas le abrió María la puerta. ¡En qué congojas! ¿Está Salvador, Mariquita?

—¡En qué congojas estamos ahora!—corrigió don Pantaleón, entrando los dos a la vez en la sala adonde los pasó mi hermana. ¡En qué congojas! Dígame que no tarde.

Desde mi cuarto oí las voces de los *inseparables*, y cuando María se disponía a anunciarme las visitas, ganaba yo el zaguán y arribaba a la sala.

—¿Pero ha visto usted, Salvador, en el compromiso en que nos ha puesto don Francisco con haber aceptado la candidatura?—díjome Salmero, estrechándome la mano, y sumamente afectado.

—¡Qué compromiso, Salvador, qué compromiso!—clamaba el otro, tendiéndome la suya. Y una cosa irremediable, porque no podemos ser ingratos.

—¿Vuelven ustedes al partido de la Convención?, pregunté, adivinando el motivo de los apuros en que fingían estar aquellos viejos.

—Tanto como volver no—contestóme don Tiburcio, mirando de reojo a su amigo—que usted sabe que no habíamos estado en él.

—Pero ahora—, añadió don Pantaleón, sonándose las narices para disimular su sonrojo—no tenemos más remedio que acompañar a don Chico.

—No hay más remedio—repuso Salmero. Tanto Pantaleón como yo, estamos en deuda con Montealegre. No imagina usted quién ha sido don Francisco para nosotros: nos ha estado proporcionando ciertos negocitos para que tengamos un regular pasar, y cuando yo llegué a Costa Rica, ya con la intención de radicarme aquí, fué él quien me tendió la mano; entonces estaba de Ministro. Ya ve usted, no hay más remedio.

—Desde luego, el asunto de la imprenta—dijo el otro—en que usted nos ha dicho que se está interesando para que la tome el volismo, no crea que se interrumpe con esto.

—Yo soy de una sola palabra—añadió don Tiburcio, llevándose la diestra al pecho—; la ofrecí gratuitamente y mantengo mi ofrecimiento. Claro que para acondicionarla, porque no de otra manera la delicadeza me permite cederla, necesito la sumita que habíamos agregado a los reales que le pedí me consiguiera con su tío para pagar mis piquillos. Y para no complicarme mi situación política de ahora, usted sabrá guardar el secreto de *mi contribución al volismo*, porque viéndolo bien, es una contribución la que hago, y de no escasa importancia.

—¿Y creen ustedes que don Chico triunfe en las elecciones?—pregunté para enterarme de lo que en la calle se decía.

—Ni lo dude, ¡Salvador!—repuso don Pantaleón. Usted conoce el prestigio de don Francisco.

—Y sobre todo—agregó don Tiburcio—la cuestión de candidatura oficial está concluida: la aceptación de Montealegre ha venido a atarle las manos al Doctor Castro; usted sabe la amistad íntima que existe entre las familias Castro y Montealegre y el parentesco de doña Pacífica con don Chico. No le quepa duda. ¡Esto ha sido un golpe maestro de Montúfar!

—¡Un golpe maestro de Montúfar!—repitió don Pantaleón. Y se despidieron.

Pero cuando ya se creía definida la política, el 1º de octubre se publicó en hoja suelta el acta de defunción del partido de la Convención, firmada por el presunto candidato. He aquí:

AL PUBLICO

Cuando en "*El Quincenal Josefino*" Nº 27 correspondiente al 19 de setiembre próximo pasado, se me hizo la honra de proponerme como candidato para la Presidencia de la República en el próximo período, sólo ví la opinión aislada del editor de un periódico, y no juzgué oportuno expresar públicamente mi determinación sobre el particular.

Pero como posteriormente la "*Estrella de Irazú*" en su Nº 29, y la "*Aurora*" en el 25, adoptan la misma idea, ya no me es dable guardar por más tiempo un silencio de que podrán sacarse deducciones erróneas.

Amo a mi patria tanto como el que más, y deseo servirle en todo cuanto sea compatible con mi posición y capacidades; pero no tengo—lo confieso—tanta abnegación como es indispensable para hacer todo el sacrificio que requiere el desempeño concienzudo de la Primera Magistratura de la Nación, cuando por varias circunstancias dudo si ese sacrificio le será benéfico.

Por tanto, declaro: que no acepto tal candidatura; y que si—lo que es remoto—a pesar de esta declaratoria, un partido político cualquiera llegara a conseguir mi elección para la presidencia, ya que no tengo excusa legal para no admitirla, abandonaré el país, mientras transcurre el período fijado por la ley para la duración del Presidente.

Al hacer esta formal manifestación, no me alucina por cierto la idea de que gozo de una grande popularidad, ni doy por sentada y segura mi elección, si consintiera en ser Presidente de la República. Creo por el contrario, que a pesar de la buena voluntad de muchos amigos que me han manifestado ese deseo y de un número mayor de personas con quienes no tengo el gusto de cultivar relaciones estrechas que abrigan el mismo pensamiento, la lucha sería muy reñida y el resultado muy dudoso.

Doy las más sinceras gracias a todos los que tan altamente me honran con su buen concepto, y les suplico que fijen sus miradas en otra persona que, con más probabilidades de buen éxito, reúna las condiciones necesarias para regir acertadamente la República.

San José, octubre 1º de 1868.

FRANCISCO MONTEALEGRE

Por muchos días no se volvió a saber nada de la Convención, ni del doctor Montúfar, ni de don León Fernández, ni de ninguno de los otros elementos de prestigio que la dirigían; ni por mi casa aparecieron don Tiburcio ni don Pantaleón. Pero el 19 del mismo mes apareció una manifestación pública en contra de don Julián Volio, firmada por don Manuel J. Carazo, don Mariano Montealegre, don Francisco Montealegre, don Nicolás Sáenz, don Concepción Pinto y otras personas de viso y de grandes ingerencias en la sociedad, en la banca y en la política.

.....

.....

La Independencia

Nuestro ilustre colaborador don Ricardo Fernández Guardia, hizo últimamente un arreglo con la casa editora Lehmann Cº, para la segunda edición de su libro sobre *La Independencia*, y de ahí que nos veamos obligados a suspender la publicación de tan interesante estudio hasta tanto no circule la obra nuevamente impresa.—N. de la D.